



FACHADA PRINCIPAL DEL ANTIGUO COLEGIO DE SAN GERÓNIMO.

## ESTUDIOS LITERARIOS.

### TEATRO ANTIGUO.

#### ARTÍCULO SEGUNDO.

Si dejando á nuestra imaginación su rauda vuelo, y desplegando los recursos de nuestra poética fantasía, llegamos á figurarnos en la estremidad meridional de una ciudad, y á pequeña distancia de esta, un vasto recinto, aislado é independiente, lejos de edificios que le opriman, que arrojen sobre él su pesada sombra, y le impidan desarrollar fuerte, enérgica é imponente, su grandiosa mole; un edificio que mire por el Oriente á los templos de Júpiter, de Minerva y de Ceres, situados sobre dos promontorios que se destacan atrevidos y esbeltos sobre el claro azul del cielo; un edificio desde cuya cima se descubra el hermoso mar de la Grecia, ostentando á lo lejos la pureza cristalina de sus limpias aguas; desde el cual se contemple, por el lado opuesto, el puerto del Pireo resguardado de los vientos por un anfiteatro de verdes colinas, y cuyas olas pacíficas y amigas van á bañar con lánguido gemido el túmulo silencioso de Temístocles, doblándose bajo el peso de mil navecillas, que abren sus velas al aura suave que las acaricia; si nuestra complaciente imaginación nos dibuja tan bonito cua-

dro, nos formaremos fácilmente la idea del sitio que ocupaba el teatro principal, pues en esta ciudad había varios, aunque no tantos como en las nuestras.

Visto ya el poético local del teatro ateniense, pasemos á bosquejarle á grandes rasgos.

Era un edificio, que mirado desde lo alto y á vista de pájaro, se asemejaba vagamente al nuestro en el conjunto. Consta como este de tres partes esenciales, aun que de forma, distribución y denominación diversas. El escenario, la orquesta, y el teatro propiamente dicho; esto es, el sitio donde se collocaban los espectadores, llamado teatro de un verbo griego, que no importa saber á nuestros lectores, y menos á nuestras lectoras, si por casualidaduviésemos la dicha de que alguna nos leyese. El escenario era un cuadrado, como lo es también entre nosotros: lo cual daba al conjunto, por la disposición especial de las demás partes, una forma análoga á la de una nave de nuestras modernas iglesias cristianas.

Estas partes en el escenario eran tres: el escenario propiamente tal, que era la parte mas en el fondo, mas hacia atrás, figurando entre ellos la fachada de un edificio, y representando siempre en nuestras comedias urbanas la pared de una sala ó aposento que da frente á nosotros. Paralelas á esta fachada, se ponían las decoraciones, que entre paréntesis, como lo veremos mas tarde, eran tan buenas ó mejores que las nuestras, aunque estas esten pintadas por Horacio Vernet ó

29 DE OCTUBRE DE 1851.



D. Eusebio Lucini. Delante de dicha fachada se hallaba el telón, cuyo juego y oficios eran opuestos á los que desempeña entre nosotros este precioso *talismán* teatral. El telón ateniense se alzaba al revés del nuestro al final de cada acto, y se bajaba al continuar la representación, pues el movimiento de aquel era de abajo á arriba, como el de una preciosa decoración del drama *el Terremoto de la Martinica*, que figura la subida de las olas del mar, y no de arriba á abajo, como es entre nosotros de inmemorial costumbre.

Delante del escenario se hallaba el proscenio, nombre que también nos es familiar, espacio comprendido entre el telón y la orquesta: sus funciones eran iguales á las que nosotros le hemos asignado. Es el punto donde se sitúan los actores, y donde se verifica la acción dramática. La otra parte en que se dividía el escenario, por los caracteres verdaderamente antipáticos que nos presenta, no la hemos juzgado digna de los honores de una descripción: diremos al pasar y corriendo, que era el lugar detrás de la fachada principal de que hemos hablado, donde se vestían y desnudaban los actores.

Seguía después la orquesta. Espacio sumamente ancho, de forma semicircular, que se extendía entre el escenario y el teatro propiamente tal. Este espacio, que comprendía también tres partes, es lo que nuestros abuelos llamaban *patio*, nosotros, más elegantes, *platea*, y los franceses *parterre*. Dábanle los atenienses el nombre de orquesta, de otro verbo griego, no más importante que el primero,—que llamamos porque nos hacemos el cargo de que será verdaderamente tal para la mayoría de nuestros lectores,—y que significaba *bailar*. Era todo un suntuoso salón de baile, y como el circo de monsieur Paul, de Madrid, desempeñaba según los tiempos y circunstancias, oficios que áun que reñidos en el fondo, no lo estaban en la forma. Servía para bailes teatrales y públicos, de que hablaremos después, para los espectáculos mimicos y juegos algo parecidos á los de nuestros circos modernos,—lo que nuestros vecinos llaman con muchísima propiedad *carrousel*,—para reuniones públicas de carácter ilimitado de los señores de la aristocracia ateniense, y en fin, para convites y festines; pues en esta parte los atenienses se asemejaban algún tanto á nosotros, que hacemos de nuestro teatro un ingenioso Proteo que toma toda clase de aspectos, y á veces el que menos conviene á su carácter.

En el indicado recinto, rodeado circularmente por las gradas y pórticos del teatro, se hallaba como formando la segunda parte de la orquesta, una especie de tablado de piedra, alto, cuadrilongo, que dominaba aquella, y en el cual se colocaba el coro, para ver el espectáculo cuando había acabado de modular sus líricos cantos. En aquellos tiempos los coristas gozaban de mayor respeto y miramiento que en los nuestros, harto calamitosos para ellos, según es pública voz y fama. Al contrario de lo que ahora les pasa, no se hallaban condenados á ver la función á medias y entre oscuros bastidores. En cambio, la forma y oportuna disposición de estos les proporcionaba en nuestros días el grato solaz de ser á un mismo tiempo actores y espectadores de curiosas y picantes escenas, no fingidas, sino muy á lo natural, y cuya descripción omitimos, por falta de espacio.

Bien que, á decir verdad, el coro antiguo era más acreedor al aprecio y consideración del público, si no por sus virtudes privadas, esas virtudes secretas y misteriosas de la vida doméstica, que se quedan, sean buenas ó malas, dentro del círculo amistoso y benigno de la familia, al menos merecía tan particular distinción por el imponente y grave carácter que tenía en el teatro. El coro antiguo era el mismo pueblo tomando parte en la función; era otro personaje, otro actor en el drama: representaba la entidad, la idea, el elemento popular, interviniendo en todas las cosas de alguna importancia política, de alguna significación social ó científica. En aquel tumultuoso y variado congreso literario, era el representante del pueblo, revestido de plenos poderes. Sus cantos, sus himnos líricos, sus sentidos monólogos, sus profundas exclamaciones, eran otros tantos ecos, pero ecos fuertes, vibrantes y sonoros, de los sentimientos, pasiones é ideas que animaban á la multitud, á los ciudadanos todos, á la nación entera.

Sin que sea este sitio oportuno para estendernos más sobre la significación y carácter del coro antiguo, diremos que se hacía necesario y aparecía con toda la importancia de un primer personaje, vistas las ideas democráticas de aquel pueblo. El drama ateniense no reproducía como en nuestros días un hecho acaecido en la vida social, sin distinción alguna de clases y de categorías. Nuestro drama, mas liberal en el fondo y forma, une en la escena al bufón con el monarca, como en *Le roi s'amuse*; al bandido con el emperador, como en *Hernani*, de Víctor Hugo; y al zapatero con el rey, como en el drama de este título de Zorrilla. El antiguo no borraba tan fácilmente las categorías sociales. Pueblo liberal y democrata en las ideas, era orgulloso, altivo y aristocrático en los hechos. De aquí la necesidad que tuvo de añadir á los elevados personajes de la tragedia y aun de la comedia, uno que fuese representante común del pueblo, cual era el coro.

Nosotros, que hemos reducido el teatro, en el fondo y forma, á las exiguas y mezquinas dimensiones con que le vemos ahora; que hemos

restringido el círculo de su significación, limitándolo á la reproducción de un hecho de la vida íntima, secreta y privada de la familia; que le hemos despojado de esa serie de grandes y elevadas ideas que le daban un carácter, al parecer destinado á afectar la inteligencia, dejándole lo que tan solo puede afectar nuestro corazón; y nosotros hemos sustituido al coro, en nuestras funciones dramáticas, un simple personaje del pueblo, un hombre vulgar, un patán, un aldeano, que suele tener el carácter de gracioso ó de bufón. Sin hacernos ahora abogados defensores de la institución del coro en el drama—que no es nuestro intento meternos á reformadores por los grandes inconvenientes que esta profesión ofrece, y no es el menor el de beber la cicuta,—diremos, como al paso, que no sería tan descabellada la idea de reproducirle entre nosotros.

En materias de buen gusto literario, no es ciertamente á nuestros vecinos á quienes podemos dar lecciones; y no menos cierto que á ellos nunca les han chocado los magníficos coros de Racine, en su *Esther* y *Atalia*, y el no menos bello del *Paria* de Casimir Delavigne; ni creemos hayan chocado jamás á nadie los del *Edipo* del señor Martínez de la Rosa. Pero siempre sucede, y muy particularmente en España, lo que dice aquel antiguo verso de Ovidio, tantas veces citado por Séneca:

*Videó meliora, proboque, deteriora sequor.*

Después del coro, á lo largo del escenario, en el *hiposcenio*, aunque algo más baja, se hallaba la banda de músicos, nuestra moderna orquesta. Desde luego confesamos gustosos que esta vale mucho más que la antigua, y sobre todo para nosotros, que sin pretensiones de *dilettante*, somos en extremo apasionados de la música. Y ya que hemos pronunciado este nombre, vamos á sentar una proposición que quizás parezca atrevida á algunos honrados clásicos, fervorosamente amantes de la antigüedad.

Héla aquí: la música moderna es incomparablemente superior á la antigua. Haremos, si se nos permite, una digresión musical, para aventurar algunas reflexiones en apoyo de nuestro aserto.

Entre los antiguos tenía la música dos objetos importantes, y por decirlo así, de utilidad positiva é inmediata. El de excitar las grandes pasiones, las pasiones guerreras, vehementes, iracundas, cuando estaban adormecidas en el fondo de nuestra alma afeminada é insensible; y el de templar y dulcificar estas mismas pasiones cuando, cual enfurecidas olas, atormentaban fuertes y violentas nuestro ánimo sobresaltado. De este fin tan directo y exclusivo que se proponía la música antigua, únicamente referente al hombre en su expresión material y de forma, se deduce su carácter esencialmente *antropológico*, y perdonémos nuestros lectores la disonante cacofonía de la expresión, carácter determinado, personal y circunscrito, que compartía la música con las demás artes. El lenguaje de estas, tan expresivo y sentimental, gracias á la transformación que en ellas ha verificado el cristianismo, en la edad moderna, era en aquellas el lenguaje frío, descolorido, inanimado, indiferente y metódico de la forma, de la exterioridad, de la proporción y simetría de las partes, del orden y exactitud de los detalles propios á producir un bonito y bien calculado conjunto de agradable y simpática visualidad. De donde resulta que la música entre los antiguos, y principalmente entre los atenienses, constituía un elemento indispensable de su educación moral, intelectual y política. Las legislaciones antiguas de la Grecia así lo establecieron. La música era cultivada por aquellos rudos varones, como propia á inspirarles ideas robustas, sentimientos poderosos y tenaces, á sostener la fuerza del ánimo desfalleciente, y á preparar el brazo á dar golpes mas certeros. De aquí las diferencias tan marcadas de origen y objeto entre la música antigua y la moderna. Como prueba de lo que venimos diciendo acerca de la índole y tendencias de la primera, citaremos algunos rasgos que merecen llamar nuestra atención.

Pitágoras, sabio filósofo, cultivaba la música con tanta afición y buen éxito, que hay quien le atribuye la invención de las notas musicales, y no á Guido de Arezzo. Epaminondas, general de muchísima nota, fué un excelente músico. Se dice de Temístocles, uno de los hombres mas eminentes que tuvo la Grecia, que se burlaron de él sus conciudadanos por no saber tocar la lira en un festín. Homero, el mas célebre poeta épico que se conoce, pondera mucho en Aquiles, el héroe de su poema, la dulzura y armonía de su voz. Platon, el filósofo mas ilustre de la antigüedad, cree que la música es necesaria al hombre político. Licurgo, legislador de Grecia, la aconseja en su legislación como cosa esencial. Quintiliano, literato romano de grande y merecida fama, dice que entre los atenienses era tenido por indolente, ignorante y rudo, el hombre que no cultivaba la música. Pero mas numerosos aun que estos datos, que lo son mucho, aunque como es natural nosotros procuremos omitirlos, se nos ofrecen entre los antiguos, y principalmente entre los atenienses, los que hacen mención del poder de la música sobre las pasiones del hombre. Teofrasto, Aulo Gelio, Plutar-



co, Cicerón, y otros notables escritores, nos refieren acerca de esto mil casos á cual mas curiosos é interesantes.

De este doble objeto de la música, de calmar las pasiones ó irritarlas, de ser alternativamente un medio de escitar ó templar el paroxismo moral del hombre, y en particular del hombre público y activo, se deriva tambien el doble carácter de aquella, moviéndose perpetuamente entre los dos extremos de un fatal dilema. O la música era grave, imponente, guerrera y patriótica, produciendo esas armonías fuertes y vigorosas, y á veces retumbantes, de los trozos á efecto de las modernas óperas de Verdi y de la escuela francesa de Auberl, Halévy, Adolfo, Adam y otros, ó por el contrario, una música de detalles, blanda, ligera y afeminada, empalagosamente tierna, vacía de ritmo, cadencia, armonía y espresion feliz; música heterogéneamente compuesta de *trioletos*, *andantinos* y *caricatos*, y por decirlo así, de *sueños musicales*, tal cual la producen ahora los maestros de la baja escuela italiana, infecundos imitadores de Bellini y Donizzetti; y para decirlo todo, tal cual la producimos nosotros.

El efecto de esta segunda especie de música era en extremo perjudicial: ablandaba y corrompia las costumbres, relajaba los sentimientos, é inspiraba ideas de molición y lujuria.

Vaciada constantemente en estos dos moldes, desenvolviéndose fatal en estos dos estrechos círculos, trazados de antemano por el fin á que se la tenía destinada, claro es que la música debía carecer de flexibilidad, variación, desenvoltura, ritmo y carácter propio ó *estilo*. Siendo su objeto balagar los sentidos, tenía ya trazada la ruta. En la variedad de sonidos se reproducía siempre la igualdad de las ideas. O se manifestaba en brillantes masas de armonía, llena de ampulosas y vagas ondulaciones que se mecían vibrantes sobre los oyentes, ó en una serie de melodías incoherentes, insípidas, afectadas y empalagosas. Si se nos permite hacer una comparación, aunque sea estemporánea, diremos que entre ambos géneros de música griega existe la misma diferencia artística que entre la *Norma* de Bellini, y el *Trovatore* de Verdi, entre el *Dominó azul* y la *Cacería Real* del señor Arrieta; suprimiendo desde luego, en la música antigua, la parte de espresion, de ideas, de estilo y carácter que poseen en diferentes grados los términos modernos de la comparación.

Hé aquí precisamente por qué nuestra música es mejor que la antigua. Lenguaje flexible y expansivo de los sentimientos, la nuestra es una poesía tierna y dulce del corazón, un eco armonioso del alma reproduciendo el estado en que se encuentra, ora mistia, pesados, agobiada por el peso de profundo dolor, ora alegre, risueña, afectuosa, simpática, desarrollando los inagotables raudales que en su seno encierra de inefable ventura, de placer sin límites, de felicidad sin fin. Música de sentimientos é ideas, los manifiesta y espresa en dulcísimas vibraciones, en acentos tan puros, como el aura de la mañana que vaga por el horizonte; tan sentidos como el canto nocturno del ruiseñor que envía á la noche sus pesares en melodiosos trinos; tan melancólicos como el lánguido cantar del nauta que goza su navecilla al través del lago silencioso; y tan suaves, tan poéticos y apasionados, como los postreros cantos del cisne, que canta el himno de la muerte al sacudir las alas para abandonar la tierra. Música que no tiene, como la antigua, un carácter individual, egoísta, determinado, exclusivo; que no es tan solo guerrera, patriótica y nacional; que no está destinada á satisfacer una necesidad social del hombre, por ser este el único que resumía en sí todas las prerrogativas sociales, en aquella civilización de ideas fuertes que sujetaba los movimientos del corazón á las férreas leyes de una inteligencia despótica. Música que no podía descender hasta el humilde umbral del hogar doméstico, hasta la *vida secreta* y misteriosa de la familia, donde el corazón y la mente se desarrollan á su modo, siguiendo, cual río obediente, el curso trazado por la naturaleza, y donde todo es franco, natural y espontáneo. Música, en fin, que no podía ser el mas espresivo y poético lenguaje de esa vida moral, íntima, afectuosa que los antiguos no conocían, y que solo el cristianismo ha podido formar, dando á la mujer y á los hijos sus derechos, borrando la distancia que los separaba, á aquella del esposo, y á estos del padre, y estableciendo entre sí una serie inagotable de recíprocos y simpáticos deberes: vida fecunda en dulcísimos goces, en alegorías llenas de amor y ternura, en grata expansión, que solo se siente, que solo se comprende por los seres amigos que encierra el santuario del hogar doméstico: vida que corre apacible y tranquila en inalterable armonía, que ni aun se quebranta y destruye, cuando uno de los seres amados que la forman, sacudiendo las cadenas que le atan á esta terrenal vivienda, se lanza hácia las moradas celestes, y sediento de luz y de vida, se pierde en el inmenso é insondable mar de la eternidad.

Que tal es nuestra creencia. Para nosotros no se quebranta el lazo de unión que nos estrecha con ese ser amado que se despoja del mortuorio ropaje de la humana existencia, porque no nos envía, en el eco de agonía, su postrer aliento, su última palabra, su sempiterno adiós; sino ese adiós de amigo, ese adiós de viajero que se despidе de

nosotros, y parece decirnos con amena sonrisa: *hasta después*. No, no se quebranta ese lazo de amor, porque venimos al alma querida, al ser adorado, ora cual vaporosa y rápida sombra, cruzar lentamente el horizonte en la noche tranquila; ora mecérse sobre la cúpula mortuoria del fúnebre ciprés, que meneá sus ramas al compás de los llantos que sobre ellas derrama; ora atravesar el bosque umbrroso hácia el cual nos encaminamos para distraer nuestra melancolía; ora tambien vagar por las tumbas silenciosas, en busca de otras almas amigas á quienes confie su dicha, ó los pesares que la aquejan, en su amarga soledad.

Si, es cierto lo que decimos. La música moderna refleja los sentimientos y afectos, las pasiones é ideas que se desarrollan dentro del sagrado recinto de la familia. Es eco seguro, fiel trasunto de cuanto en ella pasa. Vive de su misma vida, y recibe sus propias inspiraciones. Por lo tanto debe ser tan variada y flexible como nuestros sentimientos, tan vaga y misteriosa como nuestros afectos, tan poderosa y vehemente como nuestras pasiones, tan rica, elevada y sublime como nuestras ideas.

No eran por desgracia tales, ni el objeto, ni las tendencias, ni el fin de la antigua música. No la culpemos sin embargo. No disponía de iguales elementos que la nuestra, y no podía ser igual la obra que con ellos intentára edificar. Su objeto primordial, el término de todas sus aspiraciones se cifraba, ya lo hemos apuntado, en balagar los sentidos del hombre y afectarle de un modo vago é indefinido. Música sin carácter propio, sin escuela, sin estilo fijo, *onomatópica* é imitativa, solo pretendia reproducir la naturaleza, cuyas armonías llevan siempre en sí algo de igual, uniforme y genérico.

Hé aquí pues probado nuestro aserto. Hé aquí terminada nuestra tarea, con la cual termina tambien nuestro segundo artículo. No nos lisonjeamos de haberlo hecho con acierto; que el errar es cosa humana. Solo quisiéramos poder decir lo que el juglar de que habla el señor Barrantes, en una de sus lindísimas baladas:

Yo soy el pobre bardo peregrino  
Que vengo á divertir á los señores.

Hemos obedecido al precepto de Horacio, que manda mezclar lo agradable con lo útil. Perdonémos nuestros lectores, si les hemos hecho vagar, saliéndonos del círculo que nos habíamos trazado, por el campo de las digresiones amenas, y algun tanto interesantes, salvo error por nuestra parte (1).

ANTONIO DE AQUINO.

## NUESTRA SEÑORA DE MONTIJO.

El Emmo. señor cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, se ha ocupado en estos últimos meses de la reedificación de un antiguo santuario que existe desde hace muchos años en un rincón de las Landas, conocido y venerado por los habitantes de la Gironda bajo el nombre de *Nuestra Señora de Montijo*, y cuya fundación, por una singular coincidencia, se debe en parte á la piedad de los ilustres ascendientes de la noble española á quien tenía reservado el destino compartir uno de los primeros tronos de Europa.

Hé aquí lo que hemos leído acerca de la historia de este santuario:

En otros tiempos veíanse los campos de Francia como sembrados de capillas, ermitas y santuarios que debieron su origen á la piedad de las aldeas vecinas ó á la liberalidad de los particulares. A todas estas fundaciones corrían unidos antiguos recuerdos que, trasmitiéndose de boca en boca, llegaron á trasformarse con el tiempo en leyendas piadosas á las que no daban menos crédito aquellos sencillos moradores que á los dogmas mas importantes de la religion cristiana. Apenas existía uno de estos santuarios sin una tradicion religiosa unida á algun milagro, por lo que en ciertas épocas del año veíanse á las poblaciones enteras y á un sin número de peregrinos acudir á estas fiestas locales. Durante el periodo revolucionario, las capillas, los oratorios y las ermitas fueron olvidadas, ó desaparecieron juntamente con los últimos testigos de aquellas costumbres religiosas, hasta que al advenimiento de Napoleón I, muchas de las iglesias destruidas ó abandonadas fueron reedificadas ó restauradas, volviendo desde entonces á perpetuarse sus respectivas tradiciones en el país.

Gran parte de estos recuerdos quedaron, sin embargo, sepultados en el olvido, y solo los mas ancianos de cada pueblo conservaban memoria de alguno de ellos en la forma que le habían sido trasmitidos por sus padres. Esta suerte cupo entre otras tradiciones á la leyenda de *Nuestra Señora de Montijo*, si bien su carácter profundamente religioso aparece de tal manera autorizado por un sin número de testi-

(1) En el próximo artículo finalizaremos la descripción comenzada del testro antiguo, como edificio.



monios y de pruebas auténticas, que el señor arzobispo de Burdeos no ha vacilado un instante en ordenar la restauración de la ermita y en presentar á la emperatriz de los franceses todos los antecedentes históricos que ha podido reunir.

La emperatriz, como no podía menos de suceder, se ha apresurado á manifestar que tomaba la obra y el culto del santuario bajo su poderosa protección.

La leyenda del santuario de *Nuestra Señora de Montijo*, tal como se conserva entre los habitantes de las Landas, es la siguiente:

Hacia mediados del siglo XV, y en la época en que era todavía grande el número de peregrinos que de todas partes se dirigía á España á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, encontrado milagrosamente por Teodomiro en el valle que se llamó después de Compostela (*campus stellæ*), aconteció que un marino de los alrededores de Guitres, en Aquitania, hizo voto en un naufragio de hacer aquella santa romería, si escapaba con vida. Fueron oídas sus oraciones; la mar abandonó su presa, y el piadoso marino, repuesto apenas de las fatigas del naufragio, se puso á reparar su maltratada nave para hacer rumbo á las costas de Galicia y cumplir la promesa. Era grandísima su devoción á la Virgen (como suele serlo generalmente entre la gente de mar), y encomendándose á ella de todas veras, emprendió su viaje con viento favorable, presagiándole todo una travesía tan corta como bonancible.

Una noche, después de haber reunido á sus compañeros de tripulación como de costumbre, para implorar el auxilio de la Madre de Dios y estrella de los mares, apenas se habían entregado al descanso, cuando se levanta de improviso una de esas terribles tempestades tan frecuentes en el golfo de Gascuña. En medio de la mas horrorosa oscuridad solo se distingue la luz fosforescente de los rayos que cruzan en todas direcciones la bóveda celeste. Un golpe de viento troncha el mástil de la nave y despedaza las velas. Las olas embravecidas penetran por todas partes, y amenazan á cada instante sumergir la embarcación en los abismos del mar. Hasta el último rayo de esperanza había abandonado ya el corazón de aquellos infelices, cuando nuestro devoto peregrino, puesto de rodillas, exhorta á sus compañeros de infortunio á que le imiten, y que juntos dirijan sus oraciones á Dios para morir como cristianos. Hicieron así; y todavía oraban, cuando comienza á despejarse poco á poco la atmósfera, á serenarse el cielo y á despuntar el alba, mostrándoles en el horizonte la costa hospitalaria de España. Las olas todavía agitadas arrojan por fin la nave sobre San Sebastián, en donde logran desembarcar sanos y salvos. Pero el peregrino la abandona allí á sus compañeros, y se resuelve á emprender el largo camino que le queda hasta Santiago, á pie y mendigando el pan de la caridad.

Llegado al término de su peregrinación, y cumplido el voto, antes de tomar la vuelta de Francia quiso recorrer otros santuarios y célebres iglesias de la católica España, caminando siempre á pie y viviendo de limosna, llamando por la noche á la puerta de algun castillo solitario ó á la portería de algun convento, en donde, en cambio de una hospitalidad que nunca le faltaba, solía referir la historia de sus viajes ó la descripción de los países que había recorrido.

Sucedió pues, que atravesando la Estremadura, no lejos de Badajoz, y le cogió la noche cerca del castillo de Montijo. El noble conde, señor de aquella posesión, le otorgó de buen grado la hospitalidad que le pedía, y le oyó con placer la relación de sus naufragios, el voto que acababa de cumplir visitando al santo apóstol después de tantas y tan continuadas fatigas, llegando á ganar de tal modo el corazón del noble castellano y de toda su gente, que antes de separarse le fué entregada al peregrino una buena bolsa y una preciosa imagen de la Virgen, recuerdo tradicional en la familia, y con cuyo auxilio había sido preservado del naufragio uno de los abuelos del conde al volver de Palestina. Al dársela le había dicho: «Tened, buen hombre, confianza en esta milagrosa imagen; reparad vuestra nave, y no dudeis que la Virgen protegerá vuestro viaje sobre el Océano.»

Partió el peregrino lleno de agradecimiento y bendiciendo á Dios que tan buen protector le había deparado en aquel noble caballero, y á los pocos meses volvió á encontrarse de nuevo en las arenosas playas de la Aquitania.

Una vez en su país natal, y gracias á la liberalidad del generoso conde español, pudo abandonar el azaroso oficio de marino y comprar un terreno, al cual, para perpetuar la memoria de su gratitud, le dió el nombre de su ilustre bienhechor.

Al propio tiempo quiso que el recuerdo de la milagrosa protección que le había dispensado la Virgen se conservase tambien eternamente, para lo que levantó una capilla en cuya construcción no se empleó otra madera que la de su propio navío, depositando en ella con la mayor solemnidad la preciosa imagen que le había dado el conde.

Espacióse al momento por toda la comarca la noticia de este suceso, y al cabo de algunos años creció tanto la devoción á esta Virgen entre aquellas gentes, que no había un solo marinero en toda la Aquitania que, á lo menos una vez en la vida, no fuese á implorar el au-

xilio de *Nuestra Señora de Montijo* en el modesto santuario que la había consagrado nuestro piadoso peregrino.

No le ha sido muy difícil al señor cardenal Donnet encontrar los antecedentes de esta fundación, ni verificar la exactitud de sus pormenores. Todos estos detalles, y aun los nombres, se han conservado hasta ahora en el país con una precisión admirable, y en cuanto á la construcción de la capilla, á pesar del natural deterioro que ha sufrido á causa del tiempo, su arquitectura conserva toda la pureza del estilo de la época en que, según la tradición, ha debido edificarse.

Faltaba, sin embargo, un detalle muy característico, y era determinar si el techo del santuario se había construido efectivamente con los restos de una nave, como afirma la leyenda. Con grande admiración de todo el mundo, no solo se ha reconocido la exactitud de este detalle, sino que puede verse perfectamente conservada la forma curva de los costados del buque, y de la cual se aprovechó sin duda el arquitecto para formar la ojiva de la capilla. Por último, un calendario de las peregrinaciones hechas en honor de la Virgen, impreso en el siglo XVII, hace mención del que nos ocupa; de suerte que no puede ponerse en duda la veracidad de esta leyenda.

## ALI Y AHMED.

### I.

¡Alarma! ¡Alarma!

Tranquila ha atravesado el Occarenesis y el Dhara esta gran caravana; porque todos los pueblos se inclinan con respeto delante de la familia del emir, delante de las familias de sus principales oficiales: por todas partes encontraron guías fieles; por todas partes velaron por su seguridad.

Atravesó los arenales y las áridas gargantas, porque esta inmensa emigración es la de Abd-el Kader.

La marcha por aquellas comarcas abrasadas ha fatigado á los rápidos dromedarios; los caballos rendidos han perdido todo su vigor; y las mujeres, los niños, largo tiempo balanceándose en los estrechos pilanquines, deseaban tambien un poco de frescura y descanso, cuando llegaron á un valle rodeado de verdes montañas y regado por un arroyo, el Taquin.

La comitiva va á detenerse á su nacimiento; va á plantar por un día sus tiendas de campaña, porque el Taquin está situado en el desierto. Jamás los franceses se han atrevido á internarse tanto, porque el emir observa la división de Mascara que manda el general Lamoriciere y sus lugartenientes con los Kaibyles que se han sublevado ocupando los Occarenesis y el Dhara.

Ya se han echado los dóciles camellos: las mujeres recorren las praderas regadas por el arroyo; los diligentes esclavos han tendido las tiendas y preparado el café, á que tan afectos son los árabes; luego dispondrán la comida. Los niños, tambien muy contentos de haber hecho alto, se dispersan por el valle y llevan á pacer el ganado.

Sigamos á dos de ellos. Las palmeras que dan sombra al vecino collado, han llamado su atención, y los dos van á tomar parte en este botín; los dos, porque son primos; sus padres son secretarios de uno de los primeros lugartenientes de Abd-el Kader, Ben-allali.

En un momento llegaron al pié de las palmeras.

Pero escuchemos: un ruido sordo y lejano ha turbado el silencio del desierto: sin embargo, en el campo todo permanece en la mayor calma. El ruido continúa; los niños no pueden engañarse; es una porción de gente á caballo la que se acerca. Sin duda es el emir que viene á pasar algunos días con su familia; tal vez viene con él su padre.

Ahmed se sube en una palmera y mira.

—¿Qué ves?

—¡Alá proteja á nuestras madres.

Y Ahmed aterrado se deja caer al pié de la palmera, y levantándose en seguida echa á correr hácia el centro del valle dando este terrible grito de alarma; ¡el roumil! ¡el roumil! (los cristianos, los cristianos!)

Pero antes que sus gritos reuniesen á los árabes dispersos, ya los franceses llegaban al campamento.

Abd-el-Kader y sus lugartenientes guardaban todos los pasos, excepto el que conducía á Medeah, y por esto vino la guarnición de esta villa, que había andado 60 leguas en tres días.

Á la vista de los cristianos el desorden fué terrible. Niños, mujeres y ancianos huían por todas partes; algunos caballeros corrieron á tomar sus armas, y quisieron resistirse; pero sus aislados esfuerzos fueron infructuosos, y tambien se dispersaron. A esta confusión se agrega la de las bestias, que asustadas por el ruido de las armas de fuego, arrollaban cuanto encontraban por delante.

En vano se dispusieron las mujeres á subir en los camellos; en vano se apresuraron los esclavos á poner los palanquines; por esta



vez era imposible salvarse: sus defensores estaban ya dispersos. En vano se esfuerzan los jefes en dar órdenes que no pueden ser oídas con la confusión: toda la llanura está llena de fugitivos, de camellos que precipitan su carrera, de caballos detenidos por sus amos que desean disparar el último tiro contra los franceses, mientras que los mas listos disparaban ya detrás de las colinas que cercan el valle.

Sin embargo, Ali y Ahmed han logrado reunirse á sus madres, y los dos niños se han quedado inmóviles á su lado, resueltos á no huir sin ellas. Apenas tenían once años; pero bajo el cielo abrasador de Africa el hombre se desarrolla muy pronto, y los niños tienen tanto valor como el hombre mas intrépido.

Con la pistola al pecho esperaron al enemigo.

Un cazador francés quiso acometer á las que defendían; pero bien pronto, gracias á hacer encabritar su caballo, recibe el pobre animal las dos balas que estaban destinadas á su dueño, que fué rodando por el polvo. Pero al mismo tiempo llegó al galope un peloton de cazadores: ¿cómo podían dos niños resistir á veinte hombres aguerridos?

Ahmed y Ali siguieron á sus desconsoladas madres, que temblando se echaron á los piés del jefe de los vencedores, que las perdonó, y dió orden de respetar á los vencidos.

Diez días después la columna francesa volvió á entrar en Medeah

caparse; quizá serian cangeados por prisioneros franceses; además, aun estaban en Africa, disfrutaban de un sol abrasador, de las abrasadas palmeras que balancean sus largos tallos que sirven de quitasoles. Desde su prision podían ver todo esto muchas veces con llegar hasta ellos el viento devastador del desierto que otras veces les habia aterrado y que entonces sin embargo echaban de menos. Aun podían oír algunos de aquellos aires monótonos que les eran comunes en sus cánticos, y obedecer como fieles musulmanes á los cinco toques que llaman á orar. Pero en Santa Margarita, el cielo de Provenza que nosotros, nacidos en el Norte, encontramos tan bello, les parecia ya sombrío; y despues aquel castillo fuerte que no tenia nada de construccion morisca, y aquel aislamiento en medio de los mares, les hacia echar doblemente de menos sus tiendas y el inmenso océano de arena en que ellos vivían contentos.

Sin embargo, bien pronto la fisonomía de los dos primos perdió su tristeza; bien pronto recobró la alegría de su edad.

¿Se habian acostumbrado los jóvenes árabes á la esclavitud? ¿habian olvidado á su patria? ¡Oh! no: el amor de la patria vivia mas ardiente que nunca en su corazón; pero lo que les hacia sufrir con mas paciencia su cautividad, lo que les hacia olvidar sus males presentes, era la esperanza. Todo el mundo sabe que la esperanza nos hace sa-



con un botín inmenso, gran número de ganados, y 4 á 5,000 prisioneros, en cuyo número era fácil reparar dos mujeres y dos jóvenes que no se separaban, y parecían confundir su tristeza.

## II.

### LA ISLA DE SANTA MARGARITA.

La isla de Santa Margarita es la mayor de las que forman el grupo de Lerin, á una legua de Cannes, en el departamento de Var. Lo único que la hace notable es un castillo edificado hace cerca de dos siglos, que la defiende del lado del mar, y muy á propósito para prision, lo ha sido de muchos personajes célebres, entre otros del famoso marqués de Jer, de quien adquirireis mas tarde noticias, cuando estudiéis historia. Hace algunos años que esta isla y este castillo son el asilo de los prisioneros árabes.

Algunas semanas despues de la prision de la caravana, Ali y Ahmed fueron trasportados á Santa Margarita con sus madres; un profundo disgusto se apoderó de ellos al ver que la desgracia les hacia viudas y huérfanos sin haber perdido á sus padres y sus maridos.

En Medeah, en Alger, aun tenían una esperanza; quizá podrían es-



borear los bienes que promete: sobre todo, la de los dos jóvenes descansar además sobre un proyecto meditado hacia mucho tiempo, y que empezaban á poner en ejecucion.

Desde luego se aplicaron á aprender el francés suficiente para poder entablar relaciones con los carceleros y soldados del castillo, y su talento les fué tan útil, que no tardaron en poder servir de intérpretes á sus compañeros de cautividad, que en su estóica resignacion rehusaban aprender el lenguaje de los vencedores.

Desde este día Ahmed y Ali hicieron algunos servicios al gobernador facilitándole su comunicacion con los prisioneros; y en recompensa obtuvieron permiso para recorrer la isla en libertad.

¿Eran tan jóvenes! ¿qué habia que temer de dos niños? Esta era la primer ventaja. Ali y Ahmed se dieron prisa á aprovecharse de ella.

Todos los días recorrían juntos la isla examinándola; tendían la vista por el mar y aun mas allá del mar; pero todos los días se dirigían sobre todo á un sitio situado á corta distancia de la ribera y en que crecían espesos arbustos en medio de las rocas. Y esto no era un necio pasatiempo que les preocupaba; era la esperanza de burlar á las guardias y librar á sus madres. Habían encontrado un cuchillo en el patio de su prision, y le habían guardado con mucho cuidado. Era el único instrumento que poseían.



Allí, con la destreza de los hijos del desierto, se sirvieron de él para hacer con cortezas y juncos una escala plegada que uno de ellos debía entrar en su aposento el día convenido bajo sus vestidos.

Los dos jóvenes constructores habían formado ya dos remos. Una gruta de la roca tapada con el musgo era el sitio á que llevaban todos los días los objetos útiles que encontraban. Su proyecto era escaparse una noche muy oscura y coger una barca de pescadores, reemplazar sus remos con los que habían hecho, y llegar á Niza: habían sabido que distaba algunas leguas de la isla que les servía de prisión.

Todo estaba ya dispuesto: únicamente les faltaban que hacer algunos pies de escala, cuando fueron sorprendidos por un subteniente de la guarnición que andaba cazando por la isla. Volvieron al castillo con la desesperación en el corazón; preveían que era imposible escaparse.

En efecto, advertido el gobernador, había hecho registrar el sitio en que habían sido descubiertos: encontraron las provisiones en la roca, la escala envuelta en un forro, y los remos escondidos entre el musgo.

Otro reconocimiento practicado en su habitación descubrió el cuchillo que habían dentado con ayuda de una piedra para poder serrar las barras de su ventana.

Ahmed y Ali fueron tratados con mas severidad que ninguno de sus compañeros, separados de sus madres, y encerrados en una habitación baja de las mas seguras. Entre tanto el gobernador había escrito á Paris dando cuenta de la tentativa de evasión de los dos jóvenes árabes y pidiendo órdenes.

Algunos días despues los dos primos eran conducidos de su encierro delante del jefe de la guarnición. Firmes y resignados, pensaban sin duda que iban á ser castigados con la muerte, como habían visto hacer con los franceses que habían intentado escaparse: aun no conocían la clemencia de sus enemigos.

El gobernador acababa de recibir la orden de poner á las madres en libertad y enviar á los dos primos á Paris. Igual fué la sorpresa de madres é hijos; pero ninguno recibió con alegría la noticia de esta gracia, que segun ellos era una eterna separación.

¿Qué será de nuestras madres? decían los hijos.

¿Qué de nuestros hijos? decían las madres.

Sin embargo era preciso obedecer.

### III.

#### EL AMOR DEL PAIS.

Algunos días despues las dos madres llevadas á Alger recibieron algunos socorros del gobernador y se establecieron en ella. Ahmed y Ali llegaron á Paris.

Al momento el ministro de la Guerra les colocó en uno de los mejores colegios de la capital, donde quería darles una brillante educación.

Santa Margarita era muy triste para los dos prisioneros, y sin embargo allí les parecía el sol tan bello como en Africa: estaban al lado de sus madres! ¡Pero cuánto sufrió su corazón bajo un cielo sombrío y de nuestro sol que encontraban pálido, lejos de sus mas queridas afecciones! Ellos que tenían tanta facilidad, tanta inteligencia en Santa Margarita, no tenían ni memoria, ni entendimiento ni voluntad; ninguna esperanza: no hacían mas que sentir. Instruido el ministro de su repugnancia á los estudios, se admiró de aquella apatía cuya causa comprendió al momento. Hizo traer á Ali y Ahmed y él mismo les hizo varias preguntas: les habló de sus madres, de Africa, y los ojos moribundos de los niños adquirieron un brillo repetitivo.

Al día siguiente Ahmed y Ali se entregaron al estudio con un afán que dejó pasmados á sus condiscípulos. Y esto no sucedió un día solo; se sucedían los meses, y durante todo el año su celo y su perseverancia no se desmintieron un solo instante. Llegó la distribución de premios; Ahmed y Ali hablaban, leían y escribían el francés muy bien: ganaron muchos premios.

¿Qué había producido este cambio repentino?

Dos sentimientos, el amor á sus madres, el amor á su patria. El ministro les había prometido que si su trabajo correspondía á lo que podía esperar de su inteligencia, les enviaría á pasar las vacantes en Africa. No había pasado todo el mes de agosto, cuando les había cumplido el ministro su promesa.

La chalupa de un barco de vapor desembarcaba en el muelle de Alger á Ahmed y Ali, que sus madres enternecidas acogieron con la mayor alegría.

Durante su permanencia en la ciudad, el ministro quiso darles otra prueba mas de su satisfacción, y les regaló á cada uno, por medio del gobernador general, un magnífico ejemplar del Corán. Este regalo tenía objeto de desvanecer toda desconfianza religiosa, probando á los correligionarios de los dos jóvenes árabes que habían observado fielmente sus creencias: de este modo fueron acogidos con las pruebas mas sinceras de cariño y aun de respeto.

Ahmed y Ali habían jurado por Alá volver á Francia despues de

haber pasado dos meses en Africa. Sin embargo, era de temer que su instinto de libertad se lo estorbase y les hiciese ser perjuros. Pero no sucedió así: halagados por la dulzura con que les trataron, y aconsejados además por los indígenas mas recomendables, comprendieron cuántos servicios podrían prestar á sus compatriotas llegado á ser intermediarios entre ellos y los franceses. Guardaron fielmente su promesa y volvieron á Paris.

Ahmed, de un carácter vivo y de un talento privilegiado, está aun indeciso sobre la carrera que debe seguir. Ali, mas reflexivo, ha comprendido todas las ventajas que podría sacar un ingeniero indígena en Argelia, y dirige sus estudios á la escuela Politécnica.

## ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(Conclusion.)

Admiró el campo santo de Ferrara, y saludó á Roma, la reina del mundo por derecho divino desde su fundación hasta nuestros días. Todo era allí grande, resplandeciente, sublime. La basilica de San Pedro, causa del protestantismo, recordando tantos nombres como célebres artistas ha tenido el mundo; el palacio de los papas, en que el lujo de los vicarios del hijo del hombre, que no tenía una piedra para apoyar la cabeza, supera al de los reyes, de quienes se muestran árbitros desde que osaron poner la planta sobre la frente de Carlo Magno. El barrio los judíos, en que el papa tolera una falsa religion, mientras prohíbe á las demás naciones igual tolerancia; todo fascina, deslumbra, marea como un cuento fantástico de las mil y una noches, como el ordenado caos de Goëte.

Es imposible pasar una noche en Roma sin que mil recuerdos históricos hieran la imaginación. Preséntase el siglo X bajo la forma de un sátiro lascivo con una tiara en la cabeza y una copa y una espada en la mano. La iglesia está regida por prostitutas que sientan á sus hijos bastardos en la sagrada silla y encierran á sus sagrados amantes en una prisión de que no vuelven á salir. Detrás aparece un pontífice católico, conquistando su solio á la cabeza de un ejército mahometano, dos niños, uno de doce años y otro de diez y ocho, esforzándose en mostrar el rostro grave en honor del papado cuya púrpura vestían, y el célebre padre de Lucrecia Borgia, á quien Ariosto proclamaba la mas virtuosa de las mujeres, lanzando así, sin intencion, un sangriento epigrama contra el bello sexo, porque naturalmente dice el lector al leer su alabanza:—Si una adúltera, envenenadora é incestuosa es la mas virtuosa de las mujeres, ¿cómo serán las demás?

Por este tiempo mudó el gobierno en España y se concedió una amnistía. Eugenio tenía deseos de volver á su patria, al dulce suelo que tanto se ama por mal que nos trate, y á pesar de una viva oposición de Matilde, se despidió de la patria de los Césares, y en breve tiempo desembarcó en Barcelona, de donde partió para Madrid.

Sus fondos mientras tanto habían sufrido una disminución notable, ó por mejor decir habían desaparecido, gracias á los caprichos de su esposa. Las deudas, contraídas con mas arte diplomático que el necesario para dirigir una nación, empezaban á apremiar; y Matilde, apenas conoció el estado de los negocios, pidió su dote, dejando á Eugenio sin amparo alguno, aunque prestando que lo hacía para librarse juntamente con él de la miseria que les amenazaba.

En estos días todo era en la casa disgusto y turbación. El semblante de Eugenio, por mas que se esforzaba en aparecer alegre y sereno, estaba nublado como el cielo cuando amenaza tormenta, y su corazón rebosaba hiel.

Sucedía generalmente que cuando la tristeza nos domina, todo nos parece malo. Los recuerdos, y hasta los sueños que pueden apesadumbrarnos, se reúnen á la voz de la desgracia para acabar de destrozar el alma afligida, como todas las fieras se juntan para terminar la agonía del león moribundo; y esto sucedía á Eugenio. Sus sospechas acerca de Matilde, sus remordimientos por Esperanza, el recuerdo de las desgracias de su juventud, todo se reunía en su pensamiento para atormentarle y convencerle de que era el mas desgraciado de los hombres.

Algunas veces intentaba distraerse recorriendo las calles, mirando las muestras de las estamperías y visitando los edificios públicos; pero á todas partes le seguía su pensamiento, y los objetos que observaba solo servían para presentársele bajo nuevas formas. Hubiera deseado entonces lanzarse en una violenta agitación, en un torbellino que ahogase su pensamiento; el vértigo del gozo ó del dolor le eran indiferentes con tal de que le absorbiesen. El alma se agita, concentra



todas sus fuerzas en un punto, y sostiene la lucha con un dolor fuerte, como un hombre de valor con un atleta; pero cuando los dolores son pequeños y caen gota á gota en el corazón, como el agua sobre el desnudo cráneo de la monja emparedada, el alma se rinde, confesando su impotencia para resistir.

El día primero de año, Eugenio fué con su mujer á ver el hospital general. Recorrieron varias salas sin que nada notable llamase su atención, y después subieron á las salas reservadas, en que algunas familias que no pueden ó no quieren tener en su casa enfermos atacados de males contagiosos, los depositan pagando cierta pensión.

La sala estaba en el mayor silencio. Las camas cubiertas con cortinas no dejaban ver á las enfermas, y solo se divisaba en el fondo á un caballero hablando con una hermana de la Caridad.

Matilde entreabrió una cortina, y quedó parada mirando una enferma; y Eugenio, distraído, sin notar que la dejaba atrás, siguió andando. Al mismo tiempo, la beata que había comenzado á andar hacia la puerta, dió un grito de alegría, y dejó caer una taza que llevaba en la mano. Eugenio la miró y exclamó:—¡Esperanza!

—Sí, yo soy, dijo la jóven; bien sabía que no esperaba en vano.

Y corrió hacia el caballero con quien antes hablaba exclamando con alegría infantil:—Papá, papá, aquí está Eugenio!

Matilde volvió la cabeza al ruido, y viéndose sola llamó á su esposo. Esperanza, á quien extrañó que una mujer acompañase á su amante, le preguntó algo inquieta:—¿Quién es esa señora?

—Es... murmuró Eugenio cortado.

—¿Quién? ¿quién? murmuró la jóven con creciente ansiedad.

—Es mi esposa!

Renunciamos á pintar la impresion que esta palabra produjo cayendo de improviso en el corazón de Esperanza. No dió un solo gemido, no derramó una lágrima. Su vida se había roto.

D. Ramon entre tanto miraba á Matilde con cuidado, y preguntó á Eugenio:—¿Cómo se llama su esposa de Vd.?

—Matilde, respondió el jóven.

—¿Cómo es eso, exclamó D. Ramon acercándose á Matilde, se ha casado Vd. con mi mujer?

Matilde al oír esto miró fijamente á D. Ramon, y lanzando un grito de sorpresa, se precipitó corriendo hacia la puerta.

—Caballero! ¿qué significa esto? preguntó Eugenio deteniendo á Don Ramon que intentaba seguir á la fugitiva dama.

—Significa, respondió el honrado comerciante, que esa mujer es la madre de Esperanza, la que me abandonó en Méjico... Venga Vd. y se lo oír confesar...

Pero ya era tarde para perseguir á Matilde, á quien prestaba sus alas el miedo. Conociendo el peligro en que estaba si una respuesta poco meditada ponía en claro su conducta anterior, bajó rápidamente las escaleras que encontró á su paso, siguió largas galerías, y se halló por fin en el patio del colegio de San Carlos. La casualidad la ayudó. Al salir del colegio vió un coche de alquiler desocupado, y entró en él, invitando á subir con ella á un pillastre de doce á catorce años que se entretenía en pintar en las losas palabras obscenas. Después fué á situarse delante de la entrada del hospital; y cuando D. Ramon, cansado de buscarla inútilmente, se decidió á marcharse, ella se le mostró al pillastre y le dijo dándole una peseta: Te ofrezco otras dos si averiguas dónde vive ese hombre.

—Ese... respondió el chico, es D. Ramon y vive en la calle de la Montera, número... donde tiene una tienda de tiroleseles... Le conozco bien porque hago rabiarse mucho á los mancebos, y un día me pegó un palo...

Matilde le pagó, le despidió, y corrió á la calle de la Montera. Don Ramon estaba en su casa, y ambos pasaron mas de dos horas en una conversacion, de la cual haré gracia al lector, y que se redujo por parte de Matilde á contar una novela del género de L. Radcliffe, la escritora que mas mujeres muestra en sus novelas. Reducíase á que cuando abandonó á su marido fué porque recibió una carta en que la decían que unos bandidos se habían apoderado de él y le asesinarían si no les llevaba ella misma el rescate. Fué al lugar de la cita, y allí la cogió un indigno seductor que procuró rendir su virtud por todos los medios, hasta el de tenerla en un subterráneo á pan y agua; pero ella no le amó ni por esas, lo que no dejaba de ser extraño. Un suceso maravilloso la restituyó su libertad, y corrió la Europa inútilmente buscando á su esposo, rica con un tesoro que encontró en la cueva en que la tuvo encerrada su bárbaro verdugo. Por fin llegó á saber que había muerto, y en Portugal se volvió á casar; pero su matrimonio era nulo, viviendo su primer marido á quien amaba lo mismo siempre. Y en esto no mentía.

D. Ramon creyó cuanto su mujer le dijo, y se compadeció de sus trabajos. ¡Qué buen marido perdía Matilde al perderle!

Aquel mismo día Eugenio recibió una carta de Matilde en que la codicia y el cinismo se ostentaban sin máscara. Decía así:

«Amigo mío: Cuando estabas en Portugal me encapriché por tí, y te hice tomar parte en una comedia en que, siento decírtelo, tuviste un

papel muy ridiculo y que me hizo reír á costa tuya. Mientras hemos sido ricos hemos sido felices; hoy la miseria nos amaga, y te digo adios volviendo con mi primer marido. No me busques, y da gracias á Dios que te libra de mí.

MATILDE.»

Eugenio salió de su casa desesperado. En la calle encontró á Don Martin, que había llegado hacia dos días, y le contó lo que le pasaba.

—¿No le dije yo á Vd., dijo D. Martin, que un matrimonio por interés era una especulacion gastada? Rica y bonita y á mi me la dan... dice el adagio... ¿Y qué piensa Vd. hacer?

—¿Qué se yo? Esto es para matarse.

—Locura. La vida es demasiado corta para tomarse el trabajo de quitársela. Viva Vd.; y ¿quién sabe? acaso aun será Vd. feliz.

—Yo!...

—Tambien hubo un día en que yo quise matarme... mi historia no es menos triste que la de Vd., y hoy me alegro de haber vivido.

Eugenio no se mató. Algun tiempo después supo la muerte de Esperanza asesinada por él... Durante algunos años, una corona de siemprevivas, remudada siempre el día de Todos los Santos, atestigüaba en su sepulcro la afliccion de su amante. Este año la losa estaba desnuda. Todas las penas terminan en el olvido, ó en el sepulcro.

## MANSION DE LOS EMBAJADORES EN INDIA.

(Continuación.)

El abate de Choisy no tuvo gran dificultad en penetrarse de mi razon, y reconociendo la injusticia que habria en violentarme en este punto, propuso mis dificultades al señor Constancio, que tomando la palabra le dijo: señor, que el caballero de Forbin no pase cuidado de su fortuna, pues yo me encargo de ella; él no conoce todavía este país y todo lo que vale; se le hará gran almirante, general de los ejércitos del rey y gobernador de Bancod, donde se va inmediatamente á hacer construir una ciudadela para recibir las tropas que el rey de Francia debe enviar.

Todas estas bellas promesas que me fueron referidas por el abate de Choisy, no me tentaron; conocia yo toda la miseria de aquel reino, y persistí siempre en querer regresar á Francia. El señor de Chaumont que se hallaba estrechado por el rey y aun mas por su ministro, no pudiendo rehusarle lo que le pedia con tanta instancia, vino á encontrarme él mismo. «Yo no puedo rehusar, me dijo, á S. M. Siamesa la peticion que me hace de vuestra persona, y os aconsejo como á mi amigo particular que acepteis las ofertas que se os hacen, puesto que de un modo ú otro desde que el rey lo quiere absolutamente, sereis obligado á quedar.»

Picado de verme tan vivamente estrechado, le respondí que por mas que él hiciese, yo no queria quedarme en Siam, y jamás consentiria en ello, á menos que no me lo mandase de parte del rey. «Pues bien, yo os lo mando,» me dijo. No teniendo otro partido que tomar, me conformé; pero tuve la precaucion de pedirle una orden por escrito, lo que me concedió con mucho agrado. Cuatro días después fui instalado almirante y general de los ejércitos del rey de Siam, y recibí en presencia del embajador y toda su comitiva que me dieron la enhorabuena, el sable y la chupa, señales de mi nueva dignidad.

Mientras el señor Constancio hacia jugar todos estos resortes para retenerme en Siam, como iba siempre á sus fines, nada olvidaba de todo lo que podia dar á los franceses una grande idea del reino. Habia fiestas continuas, y siempre ordenadas con todo el aparato que podia realizarlas. Tuvo cuidado de ostentar al embajador y á nuestros franceses todas las riquezas del tesoro real, que son en efecto dignas de un gran rey y capaces de engañar; pero no se cuidó de decirles que este monton de oro, plata y piedras de gran valor era obra de una larga serie de leyes que habian concurrido á aumentarlo, estando establecido el uso en Siam de que los reyes no se ilustran sino tanto como aumentan considerablemente este tesoro, sin que les sea jamás permitido tocarlo, por mas necesidad que por otra parte tengan de él.

Le hizo visitar en seguida todas las mas bellas pagodas de la ciudad y de fuera. Llámense pagodas en Siam los templos de los ídolos y los ídolos mismos: estos templos estan llenos de estatuas de yeso doradas con tanto arte que se las tomaria fácilmente por de oro. El señor Constancio no dejó de hacer entender que lo eran en efecto; lo que fué creído tanto mas fácilmente, cuanto no se las podia tocar, siendo la mayor parte colocadas en parajes muy elevados, y las otras cerradas con verjas de hierro que no se abren nunca, y á las que no se permite acercarse sino á una cierta distancia.

Pudiendo la magnificencia de los regalos destinados al rey y á la corte de Francia contribuir al designio que se proponia el ministro,



agoló el reino para hacerlos en efecto muy magníficos. No hay sino ver lo que han escrito de ellos el padre Tachard y el abate de Choissy; se puede decir en verdad que llevó las cosas hasta el exceso, y que no contento de haber juntado todo lo que pudo encontrar en Siam, habiendo además enviado á la China y al Japon, para traer de allí lo que habia mas raro y mas curioso, no cesó de hacer llevar á los buques del rey sino cuando ya no pudieron contener mas.

En fin, para no dejar nada atrás, cada uno tuvo su presente en particular, y no hubo hasta los marineros quien no experimentase sus liberalidades. Hé aquí cómo y por qué medios el embajador y todos nuestros franceses fueron engañados por este hábil ministro, que no perdiendo de vista su proyecto nada olvidaba de todo lo que podía concurrir á que tuviese buen éxito.

Todo se preparaba para la partida. El señor de Chaumont tuvo su audiencia de despedida: como yo no debía seguirle, y no hallaba en qué emplear en Siam las 6,000 libras que me habia producido el corral de la señora Rouiller, remiti esta suma entre las manos del factor de las Indias, de quien saqué una letra de cambio que envié á aquella señora, escusándome de que no habia hecho sus comisiones por no haber hallado en qué emplear su dinero de un modo conveniente. En fin, habiendo llegado el día de la partida, marchamos el señor Constantio y yo para acompañar al señor embajador hasta su bordo, de donde después de muchas muestras de amistad por una y otra parte regresamos á Luvo.

(Concluirá)

### DELICIAS DEL CAMPO.

Deja ¡oh mi amor! las ciudades,  
deja sus pompas y galas,  
y ven á gozar al campo  
los alhagos de las aras.

Allí solos y entre amores  
haremos de dos un alma  
bajo los techos pajizos  
de las plácidas cabañas.

¡Cuál la yedra trepadora  
enramando sus ventanas  
cubre sus muros humildes  
y los viste de esmeralda!

¡Oh! ya verás cuántas moscas  
proporciona á nuestra estancia,  
que dejarán de manchitas  
las paredes tapizadas.

Los mosquitos harmónicos,  
entonando serenatas,  
vendrán formando escuadrones  
á alegrarnos con sus danzas.

Nos brindarán los pensiles  
de las rosas la fragancia,  
los guijarros de sus calles  
las espigas de las zarzas.

Si, á la sombra que nos prestan  
de los árboles las ramas,  
las espesas yerbecillas  
convertimos en butaca,

las hormigas industriosas  
correrán sobre tu falda,  
y ornarán lindas orugas  
el marfil de tu garganta.

Inútil es que las sigan  
mis dedos á darles caza,  
que osadas se ocultan ellas  
donde mi mano no alcanza.

Si por ver tanta ventura  
muestra Febo su caraza,  
y el arroyo se jubila,  
y los pájaros se asan,

sus áureos rayos entonces  
te pondrán mucho mas guapa,  
dándote el cutis moreno  
de las lindas africanas.

Mira el sol cómo se esconde  
entre nubes nacaradas,  
y la benéfica lluvia  
á torrentes se derrama.

Por recibir sus diamantes  
visten los bosques de gala,

y sus trajes y los nuestros  
al mismo tiempo se lavan.

Ven, y daremos á un árbol  
los honores de paraguas;  
que poco importa la lluvia  
si el pecho de amor se abraza.

Y ya en las gotas el iris  
á la aguada se retrata,  
y no mas líquidas perlas  
nos tienen puestos en salsa.

Ven, á torrente vertiendo  
por todas partes el agua,  
á convertir en estanque  
nuestra rústica morada.

Ya los efectos del frío  
prueba esa tos que te asalta;  
¡bien haya cien y cien veces,  
que viene á aumentar tus gracias!

Por ella brotan raudales  
de armonía en tu garganta,  
y en amapola se vuelve  
la azucena de tu cara.

Feliz el campo, amor mío,  
donde, si abundan las plagas,  
no hay médicos ni boticas,  
que no es á fé poca ganga.

Darante alivio muy pronto  
la inocente flor de malva,  
el grato sueño tranquilo  
y el abrigo de las mantas.

Duerme, duerme, si te dejan  
las pulgas y las arañas,  
el chirrido de los grillos  
y el graznido de las ranas.

Y apenas doren los montes  
las tibias fúces del alba,  
repetiremos de nuevo  
tanta paz, ventura tanta.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

### CUESTIONES ANAGRAMATICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Solucion de la publicada en el número anterior.

NOTAARGAR.	Tarragona.
DONNSSEAL.	Sisenando.
TOOOAAPMMN.	Monomotapa.
ONANTONSCIT.	Constantino.

### JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. A'lambra.